

¡*No Demagogia!* está dedicado exclusivamente a estudiar y presentar cuadros y realidades económicas del país.

Liberales y no liberales, valga decir, derechas e izquierdas, todos, deberían leerlo. Y allí está colocada, frente a los capítulos finales, la afirmación clara y precisa de Georges Roux, que dice: "No son las anarquías, ni las dictaduras, ni las inflaciones, ni las bancarrotas los hechos que deben ser condenados, sino los regímenes y los gobernantes ineptos y deshonestos que los hacen inevitables".—M.



"RUBÉN DARÍO A LOS VEINTE AÑOS", por *Raúl Silva Castro*. Madrid, 1956. Edit. Gredos

Uno de los sucesos memorables de la vida intelectual chilena en el siglo XIX es la permanencia de Rubén Darío, entre el 24 de junio de 1886 y el 9 de febrero de 1889. La trascendencia de los años chilenos del poeta nicaragüense ha ofrecido a la investigación literaria dos principales temas de estudio: lo que adquirió entre nosotros el escritor del Modernismo —lecturas, principalmente francesas, influencia de amigos chilenos, mayor ejercicio de las labores periodísticas— y la proyección que su persona y su arte significó para los escritores de su tiempo y los inmediatamente posteriores. A los muchos ensayos y estudios que se han consagrado a estudiar estos temas, agrega ahora don Raúl Silva Castro una obra que consideramos capital y que supera los trabajos anteriores —suyos y ajenos—, pues constituye el más serio intento de clarificar una época de la vida y la poesía rubendarianas, acaso la más importante, en que culmina mucho de la formación del autor de *Prosas Profanas*. La modestia del investigador chileno y la conciencia que él posee de la proyección de estos trabajos, le llevan a decir, en el pórtico de su libro —editado por Gredos, Madrid, 1956—: "Con esta obra el autor pone término provisional a sus pesquisas de veinticinco años acerca de las relaciones literarias que mantuvo Rubén Darío con Chile, tanto en los días

de su vida en este país, como en algunos siguientes". Porque, efectivamente, varios son todavía —a pesar del avance que este libro significa— los capítulos de la vida chilena de Darío que necesitan más luz o precisión, que podrían conseguirse con el hallazgo de epistolarios perdidos y con una definitiva revisión de los periódicos y revistas de esos años del gran nicaragüense. Ninguno como Silva Castro está llamado a poner cabo a la ardua tarea; muerto don Julio Saavedra Molina, es él la mayor autoridad en los estudios darianos, comprobada en libros anteriores y en éste llevada a su mejor expresión.

El capítulo preliminar nos informa acerca de la gestación del viaje de Darío a Chile, en el cual tuvieron influencia considerable dos centroamericanos que habían estado entre nosotros: el político y orador cubano Antonio Zambrana y el poeta salvadoreño Juan José Cañas. Grande era la admiración que éstos y otros hombres tenían por Chile, según se aprecia en los testimonios de la época. Cuando Darío partió a Chile, un diario de Managua se refería al "país en donde la literatura y las ciencias han adquirido un ensanche prodigioso". En efecto, correspondió al poeta establecerse en Chile en momento privilegiado de su historia, y así pudo, entre nosotros, sumar a su cultura literaria, bastante avanzada por entonces, como comprueba Silva Castro en diversos capítulos, una mayor información en lo francés novísimo y en lecturas de los clásicos, peninsulares y americanos, o de aquellos que lo eran casi desde el principio, como Martí, tan inseparable de Darío prosista.

La visión de lo que hizo Darío en sus primeros tiempos chilenos se encuentra en el capítulo "Primeros pasos y primeras obras": desde su amistad con Eduardo Poirier, primero, hasta su colaboración con él en la novela *Emelina*, presentada por ambos al concurso del diario "La Unión" de Valparaíso. Silva Castro pone muy en claro el carácter de la ayuda prestada por el poeta nicaragüense a Poirier, que se desprende de la dedicatoria misma de la obra, en que el amigo de Darío habla a don Agustín R. Edwards del "inteligente colaborador" que le ha ayudado en su "primer libro original". Además de esta colaboración apresurada de Darío en *Emelina*, cuén-

tanse, de la misma época, sus relaciones iniciales con diarios chilenos, siendo el primero que le abrió sus puertas “El Mercurio” de Valparaíso.

Pero a Darío le interesaba el gran Santiago finisecular —pequeño espejo de París—, esplendoroso y elegante, tiránico y bullicioso, superior a todo lo que hubiera podido conocer en América. Sería el deslumbramiento para el muchacho tímido y mal vestido: la redacción de los grandes diarios, las buenas bibliotecas, las hermosas mujeres y hasta alguna visión estelar como la de Sarah Bernhardt. Más adelante, sus primeros contactos con gente de letras, cuya nómina es larguísima. El poeta estableció inmediatamente relación con los escritores, de modo especial con los que frecuentaban la redacción de los principales diarios de entonces, y sobre todo con los de “Epoca”. “Los escritores chilenos, dice Silva Castro, buscaron la amistad de Rubén Darío desde que tuvieron noticias de que éste se hallaba en Santiago” (página 38). Luis Orrego Luco escribió años más tarde cómo era el poeta entonces: “Era Rubén Darío un joven de aspecto adusto y taciturno, miraba vagamente hacia dentro como si quisiera hacer vida interior. Hablaba poco y raras veces decía cosas dignas de nota. Era tímido y orgulloso. Sabía que no era hombre de charlas ni de salón”.

Silva Castro va trazando con mano certera el retrato y la etopeya de Darío: la historia de sus amistades chilenas, la dificultad que muchas veces su carácter interpuso entre él y los que anhelaban su contacto o sus consejos: “El carácter de Darío no era apropiado para abrirle un paso más rápido a la holgura, ya que no a la gloria que logró sin dilaciones; pero hizo amigos sinceros, entusiastas de su talento y que creyeron a pies juntillas en su espléndido porvenir, y amigos de corazón tan abierto y franco como podía desearlos el joven expatriado a deshora, “descocado y antimetódico”, como se llamó en un instante de sinceridad” (página 46).

En el capítulo “Rubén Darío y sus amigos”, uno de los más interesantes del libro de Silva Castro, el crítico establece con mucha precisión, toda la que pueden permitirle los documentos y testimo-

nios existentes, la historia, tan interesante para nosotros, de sus más íntimos contactos humanos y artísticos en la capital. Las figuras de Carlos Toribio Robinet, Manuel Rodríguez Mendoza, Alfredo Irrázaval Zañartu, Nicanor Plaza, Pedro Nolasco Préndez, Ramón Vial Bello, Narciso Tondreau, cuyo nombre “quedará fijo en la historia literaria de América cuanto dure en ella el de Darío” (página 81), y muchas otras pueden estudiarse en el citado capítulo. Pero sobre todas las demás, se alza la de Pedro Balmaceda Toro, que escribía con el seudónimo “A. de Gilbert”, el cual serviría a Darío para intitular su libro de homenaje, cuando murió Balmaceda. El joven chileno que lo apoyó repetidas veces, que trabajó por mejorarle la situación económica siempre vacilante, y que lo llevó tantas veces a su enjorado gabinete de La Moneda, merece en el libro de Silva Castro un capítulo entero (páginas 101-128), y vuelve todavía, en las páginas destinadas al estudio de *Azul* . . . , a explayarse sobre la influencia que Balmaceda ejerció en Darío, por medio de conversaciones, préstamos de libros y revistas, todas novedades literarias, fuera de la presentación del ambiente rico y exótico de que se había rodeado en su estudio de La Moneda. Darío y Balmaceda llegaron a una cordialísima intimidad que fue fructífera para el escritor centroamericano y que, si se vio enturbiada poco antes de la partida de Darío de Chile, significó en su evolución artística algo durable y positivo. Llegaron incluso a escribir los dos sobre un mismo tema, “como cariñosa emulación”; así ocurrió con el famoso cuento “La emperatriz de la China”, según se desprende de una carta íntima que “A. de Gilbert” envió a Manuel Rodríguez Mendoza, y que ofrece el esqueleto del relato en que trabajaría Pedro Balmaceda, cuyo resultado no conocemos, por haberse perdido, o porque su autor nunca le dio término. Es interesante recordar que el protagonista de “La emperatriz” de Darío es el propio Pedro Balmaceda.

Después del capítulo en que se estudian los “Abrojos” publicados por Darío en Chile, se extiende Silva Castro acerca de la labor del poeta en “El Heraldo” de Valparaíso, y sobre su paso —fugacísimo— por la aduana del puerto, cargo que hasta ahora no estaba bien

aclarado en su duración y proyecciones. Lo concreto del empleo aduanero de Darío es lo siguiente: el decreto de nombramiento lleva fecha 29 de marzo de 1887 y la naturaleza del cargo es “guarda inspector”; ya a fines de junio el poeta pedía licencia por motivos de salud —reumatismo, según el facultativo que lo examinó—, por lo cual se le concedió un permiso del 2 de julio al mismo día del mes siguiente. Terminado el último plazo, el poeta no apareció por parte alguna, y el 18 de agosto se dictó nuevo decreto que declaraba vacante la paradójal ocupación. Se pregunta el autor: “¿Fue Darío víctima en esos días de uno de aquellos accesos de bohemia en los cuales perdía el concepto del tiempo, se olvidaba de sus deberes y se entregaba a vivir como Dios ayudara?” (página 153).

Capítulo aparte merece la participación de Darío en el certamen Varela de 1887, a dos de cuyos temas se presentaría, instigado por su excelente amigo Balmaceda. Los miembros del jurado fueron don José V. Lastarria, don Diego Barros Arana y don Manuel Blanco Cuartín, y el resultado final favorecería, como es sabido, a Darío por su “Canto épico a las glorias de Chile”, que compartió el primer premio —seiscientos pesos— con P. N. Préndez. Silva Castro hace una completa historia del certamen de 1887 y de las polémicas que siguieron a la asignación de los premios; asimismo un análisis del “Canto” y de la colección de *Otoñales* que Darío presentó con el seudónimo “Imberto Galloix”, nombre de un poeta suizo de comienzos del XIX. Constituyó esta célebre justa literaria uno de los mayores acontecimientos de la época finisecular, tanto por la presencia del poeta nicaragüense, como por el número de composiciones que se presentaron a los seis temas propuestos por la comisión.

Las páginas dedicadas a la gestación y el estudio del libro *Azul*... son de las más valiosas del libro, y aunque sobre el tema han escrito con autoridad Raimundo Lida, Arturo Marasso y Erwin K. Mapes, entre otros, ellas poseen el mérito de una visión unitaria que pretende desentrañar la huella chilena, por influencias directas o lecturas. Desde luego, es muy importante lo que hace Silva Castro, en el sentido de acabar con la leyenda negra que presenta a Darío, por

testimonio errado de algunos contemporáneos, como un ignorante; alguno llegó a decir que Darío no distinguía un coche de una casa en estos años. En los cuentos de *Azul...*, en los maravillosos relatos en que verdaderamente se introdujo en la literatura hispánica el *conte parisien*, está el mejor mentís, pues muchos de ellos vieron la luz años antes de que apareciera *Azul...* como libro (1888). Afirmaciones como “la excepcional información literaria con que Rubén Darío llegó a Chile” o “la cultura del poeta era ya en ese tiempo hartamente escogida y varia”, tienen buen fundamento en la misma producción dariana y son una verdadera radiografía artística de Darío en esos años chilenos, en que su cultura literaria “no sólo era bastante para que figurara con decencia en cualquier medio elevado, sino superior a la generalidad y superior, inclusive, a la de la mayoría de sus amigos chilenos” (página 205). Después del análisis de las composiciones en prosa y verso del famoso libro que Darío publicó en Valparaíso, se refiere Silva Castro a “El viaje de retorno” y las circunstancias que rodearon la partida de Darío, desde su situación anímica hasta las dificultades para reunir el dinero del pasaje, que entre varios amigos finalmente consiguieron. Carlos Préndez Saldías conserva un recibo del giro telegráfico por treinta y cuatro pesos cuarenta centavos que le fue enviado al poeta poco antes de embarcarse en el “Cachapoal” rumbo a su patria.

Cierran el libro el capítulo “Rubén Darío y Chile”, en que se resumen las relaciones posteriores del poeta con nuestro país, un apéndice epistolar, valioso sobre todo por la nobilísima carta de Manuel Rodríguez Mendoza a Darío; la cronología de su período chileno y lo más importante de la bibliografía consultada.

*Rubén Darío a los veinte años* —que bien podría llevar un título más acertado— nos parece un libro excepcional en la bibliografía rubendariana, por el método riguroso de la investigación, tan lejos de los estudios novelescos a que estamos acostumbrados, tratándose de la biografía del maestro del Modernismo; por la iluminación que hace el autor de muchos puntos inciertos de esos días —luminosos algunos, otros de tiniebla— que pasó entre nosotros una de las fi-

guras mayores de la poesía hispánica de nuestro tiempo, inseparable —más se confirma en este libro— del nombre de Chile.—*Juan Loveluck*.



“CAMINO DE PERFECCIÓN”, de *Pío Baroja*. “Biblioteca Hispana”, volumen XI. Edit. Universitaria. Santiago de Chile, 1956 (334 págs.)

Un acontecimiento literario rubrica brillantemente las actividades editoriales chilenas de 1956: la edición de una de las más importantes novelas de la generación del 98, *Camino de perfección* (*Pasión mística*), de Pío Baroja, prologada con erudición y amplitud por el catedrático Juan Uribe-Echevarría, en el tomo XI de la “Biblioteca Hispana” de la Editorial Universitaria. Es una nueva muestra de la intensa labor de divulgación hispánica (no en la gastada moneda de la palabrería), iniciada por Juan Uribe hace veinticinco años, con sus primeros y juveniles artículos en diarios y revistas del país.

Conjugadas, pues, la importancia de la novela que aparece —por primera vez en Chile y en América— y la riqueza informativa y crítica del estudio preliminar (páginas 10 a 120), se empieza a comprender la excelencia de la presentación, en la que influye no sólo el amplio conocimiento de quien la firma, sino un caluroso “barojianismo”, su relación personal con el novelista vasco, y el entusiasmo que ha demostrado Juan Uribe en largo ejercicio de apreciación de la gente del 98, dentro y fuera de la cátedra que ocupa en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile.

El estudio preliminar comprende estos capítulos: “Esbozo biográfico”, “La obra: líneas generales”, “El ensayista”, “Periodismo, teatro y crítica teatral”, “El poeta”, “El memorialista”, “Ideas filosóficas”, “Técnica novelesca”, “El estilo”, “El personaje, los personajes” y “*Camino de perfección*, novela clave del 98”. Corona el estudio una completísima información bibliográfica. La sola mención de los capítulos del prólogo, sitúa su importancia en el campo de la